

européo sus menores agitaciones. Todo tiembla en cuanto se ella mueve; todo se calma no bien ella se tranquiliza. Representante del espíritu moderno, resume sus grandezas y sus peligros, y concentra sobre todos sus actos, toda clase de temores y de esperanzas. Bajo el nuevo imperio, Francia representaba mas que nunca el espíritu de autoridad, la victoria universal del orden sobre la demagogia. Esto era lo que se necesitaba herir.

El 20 de julio de 1853, los sordos manejos del *comun revolucionario*, provocaron las represiones de la justicia francesa, y ya dos tentativas de asesinato habian aterrado á la Francia. El 7 de junio y el 5 de julio, emisarios armados de las sociedades secretas habian intentado envolver á Napoleon III de puñales y pistolas en el Hipódromo y en la Opera Cómica. Estos miserables fueron arrestados á tiempo, y del sumario de la causa resultó evidentemente que los hechos de este doble complot estaban relacionados con la organizacion poderosa del comité revolucionario europeo de Londres.

El gobierno del Emperador se identificaba no obstante mas y mas con la nacion. Todo parecia ser un obstáculo para su nuevo establecimiento, y sin embargo, de todo salió airoso. Tres años de carestía una crisis de trabajo, el cólera, la guerra en fin, todas estas pruebas las soportaba con valor y con calma. Habia sabido por sus instintos generosos, por su solicitud ilustrada hácia las masas desheredadas, por su actitud imponente en lo exterior, justificar las simpatías instintivas de la primera hora; no habia arrasado el país á locas aventuras, y si el imperio no era ya la paz, era la guerra nacional, fecunda en grandezas presentes, en influencias futuras, robustecido con una paz sólida, honrosa para todo el mundo.

El enemigo verdadero, el socialismo militante, no habia visto en esta guerra mas que las hazañas inesperadas de un trastorno social. El asesinato hizo tregua, y se preparó á recoger los frutos de una desorganizacion de la Europa. Una alianza de Inglaterra con Francia, un peligro mas para Europa, una fuerza mas para el Imperio, hé aquí lo que salió de esta guerra saludada por locas esperanzas.

Entonces, mientras que la Francia militar luchaba aun en un confin de Europa por el honor nacional, se vió á los comités de Londres y de Jersey organizar en muchos departamentos del centro y del Oeste tentativas de invasiones, y el 28 de agosto de 1855, la siniestra *Marianne* lanzaba sobre Angers centenares de afiliados armados de sables, fusiles y talegos para el pillage: «Hemos ido á Angers como vosotros á Sebastopol,» decia uno de estos desgraciados á sus jueces. Enemigos contra enemigos, sin idea ninguna de patria, sirviendo la brutal concupiscencia de fermento á la rebelion, hé aquí lo que habia hecho el socialismo de sus adeptos.

Pero estas tentativas no eran bastantes para satisfacer el espíritu mas práctico de los partidarios del regicidio.

El 28 de abril de 1855, pasando el Emperador por la avenida de los Campos Elíseos, al llegar á la

Quinta de las Flores, acompañado, segun su costumbre, de un solo ayudante de campo, se avanzó á él un hombre precipitadamente, llevando la una mano á su sombrero y la otra á su gaban, como si fuera á sacar un memorial. Un cabo de policía de las residencias imperiales, Juan María Alessandri, sospechando en este hombre una intencion culpable, se lanzó á él. Pero la llegada de un coche le impidió el paso, y en tanto, el hombre puede avanzarse á cinco pasos del Emperador. Su mano está armada de una pistola de dos tiros: apunta con calma y dispara... El Emperador queda ileso: resuena otro pistoletazo, pero esta vez no ha podido el asesino apuntar á su gusto, porque el ayudante de campo, M. Edgardo Ney, ha lanzado sobre él su caballo, y Alessandri se abraza con él y le arroja en tierra, rodando ambos por el polvo, donde el asesino mismo se hiere con la daga de Alessandri.

El Emperador, no obstante, habia lanzado sobre este miserable una mirada fria de disgusto, continuando tranquilamente su camino. La gente gritaba: «¡matadle! ¡matadle!»—¡No le mateis! gritó el Emperador y fué á tranquilizar á la Emperatriz que le esperaba en el bosque de Bolonia.

¿Quién era este nuevo asesino? Encontráronle, además del arma homicida, dos pistolas cargadas y un puñal. Estas armas eran inglesas; el paletó era inglés; una gorra que llevaba bajo los vestidos para un disfraz rápido, era de fabricante inglés. El hombre declaró que era de oficio zapatero, y sus botas charoladas no eran obra suya, y llevaban la marca de una fábrica inglesa.

Mas el sumario descubrió bien pronto el secreto de este hombre. Era italiano: se llamaba Juan Pianori, de oficio zapatero en efecto, aunque no muy hábil, pero bastante laborioso hasta el día en que la secta infernal se habia apoderado de su alma y de su cuerpo.

Porque este hombre habia sido soldado de Garibaldi, voluntario en el ejército insurreccional romano. Violento, disoluto, asesino, incendiario, habia sido anteriormente condenado á doce años de galeras, habiendo conseguido evadirse de ellas. Refugiado en el Piamonte, y despues en Francia, habia trabajado en su oficio hasta el momento en que el demonio tentador le arrastró al crimen.

Entonces partió para Londres, con instrucciones secretas, de donde regresó trayendo en la frente el signo funesto del poseído.—«Desde que ha vuelto de Londres, decia su patron, está triste, pensativo y dominado por la pereza.» Era el veneno que estaba obrando.

El Emperador quiso que este seide fuese juzgado por la ley comun del país. Pianori pareció ante sus jueces, y declaró haber tentado esta muerte «porque el Emperador habia mandado la campaña de Roma, arruinando con ella á su país.»

«Todavía quedan otros,» dijo llevando su cabeza al cadalso.

A esta obstinacion de la amenaza, contestaba el Emperador por cinco protestas de confianza en su destino: «No temo nada, dijo al Senado, no temo nada